

Malaika lee la mano de una compañera de trabajo de origen Nigeriano con el fin de ganarse poco a poco su confianza, ya que el hecho de poder creer en alguien le parecía

lo más valioso del mundo, y era lo único que le interesaba en su relación con los demás.

El dicho de que el roce hacía el cariño le parecía cierto, aunque había amores que mataban, por eso se encontraba allí tratando de salvarle la vida a las prostitutas. Básicamente por ese motivo había comenzado a travestirse, y al final le había cogido el gusto, porque uno a todo se acostumbra.

Su familia y los compañeros de la facultad no lo sabían, ni falta que hacía.

Tan sólo estaba al corriente Marisa, una amiga suya, dado que su espíritu era los suficientemente abierto como para comprenderle.

Aunque mucha gente se consideraba tolerante, muy pocos lo eran realmente.

En principio todo estaba permitido en cuanto al sexo, pues la norma había cambiado, pasando de suponer algo totalmente privado a un espectáculo público.

Años atrás a nadie se le hubiera ocurrido que un hombre pudiera pasearse vestido de mujer, y qué mujer, por el centro de la ciudad.

Pero toda aquella parafernalia representaba para él una especie de burla pantagruélica.

El hecho de llevar aquel disfraz y que a todo el mundo que pasaba a su lado, incluida la policía, le pareciera normal, significaba que la cosa estaba muy mal en cuanto a imaginario sexual.

Por ello, con gran aplomo, se paseaba por las noches por el corazón de la ciudad con su traje de vinilo rojo.

En invierno lo llevaba de manga larga y en el verano de sisas, pero con el cuello alto, porque no pensaba introducir en su cuerpo balones de silicona, faltaría más.

Eso le hubiera gustado a sus clientes, pero él no trataba de satisfacerlos, sino de castigarlos tal como se merecían.

En un sostén de la talla cien, se metía una bolas de navidad, rojas, eso sí, que le hacían

sentirse un nuevo redentor de la humanidad.

Las piernas, como las tenía bonitas, podía enseñarlas, aunque siempre las llevaba cubiertas por medias tupidas porque la depilación le parecía una tortura.

Con afeitarse la barba y en verano las axilas tenía bastante.

Luego estaba lo más importante, el maquillaje.

Cada noche se pasaba al menos una hora mirándose al espejo con sonrisa de Mona Lisa hasta que lograba convertir su rostro en el de una geisha occidental.

Tras una fachada de falsedad absoluta, se parapetaba con el fin de lograr que las vendedoras de su propia carne le confiaran sus problemas, que sin duda habían de tenerlos para estar allí expuestas como mercancía.

Por mucho que parecieran muñecas de plástico, como él mismo, también tenían un alma, aunque bien oculta y sin atreverse ni siquiera a pedir ser socorrida como la de aquellos que acudían en masa a las consultas de los psicólogos aquejados de una terrible angustia.

Detrás de aquellas mujeres tan amables, que obedecían las demandas del primero que las solicitara, había casi siempre una amenaza de muerte que pesaba no sólo sobre ellas, sino también sobre el resto de su familia.

Si procedían del este de Europa, donde un materialismo atroz había aniquilado toda espiritualidad, de nada valía tratar de ayudarlas, pues no sólo habían perdido la fe, sino nacido ya sin ella.

Sin embargo las africanas, como eran terriblemente creyentes, tenían esperanza de salvarse; y eso era precisamente lo que le estaba asegurando a aquella menor, cuando se les acerca el marido de su hermana.